

## **El objeto *a* en la transferencia**

Por: Rosa Liliana López

La idea de hoy es compartir algo de lo que trabajé en mi tesis de maestría y poder conversarlo con ustedes. Inicio con la pregunta que orientó mi búsqueda: «Si el objeto *a* minúscula se constituye en el resto necesario para la constitución del sujeto en el campo del Otro, si una de sus funciones es la de ser un objeto resto que condensa goce, ¿cuál es la vía transferencial que posibilita que ese objeto goce opere como objeto causa de deseo?».

Mi interés se centró en trabajar sobre ese interrogante con textos de Lacan que giran entre los años 1962 y 1964; y lo que encuentro me permite ubicar la dimensión estratégica de la cura, la maniobra de la transferencia, como aquel campo donde es posible hacer operativa la causa del deseo; allí, el analista puede surgir como presencia que devela el objeto *a* y prestarse a ser re-cortado para que la causa opere.

Ahora bien, es importante anotar que no hay estrategia sin política en juego: maniobra y deseo del analista se articulan a nivel de la transferencia. La maniobra implica que el analista se ubique en relación con la causa del deseo: que se deje tomar por el objeto *a* que el sujeto fue para el Otro. Para que la maniobra sea operativa es fundamental que se articule con el deseo del analista, que no es un deseo puro sino que apunta a mantener la distancia entre el Ideal y el objeto *a*. Asunto que pone a jugar la dimensión real del amor, angustia de por medio.

A continuación, paso a situar algunas coordenadas que me permitieron llegar a esta planteo.

### **1. El objeto *a* y su dimensión de causa**

Lacan introduce el objeto *a* minúscula, que ha llamado su única invención, en su trabajo sobre la angustia; allí, trabaja los esquemas de la división subjetiva y ubica la producción del objeto *a* en un segundo tiempo lógico, luego de que el significante ha operado sobre el viviente barranto tanto al Otro como al sujeto. Se trata, aquí, del tiempo de la angustia en su relación con el objeto *a* minúscula, como objeto cedido, separado que cae como resto. Su cesión, que no es sin angustia, es condición para que surja el deseo.

La cesión del objeto ocurre a nivel del viviente. Un pedazo de carne es arrancado del cuerpo por efecto del significante quedando como un resto irreparable para el sujeto. Esta pérdida se produce en distintos niveles de la experiencia corporal determinados por una estructura de borde que inscribe los puntos de intercambio del ser vivo con el Otro significativo. Se trata de las fuentes de la pulsión que ponen de presente la relación borde-agujero e introducen el objeto separable bajo sus diversas formas: oral, anal, la mirada y la voz.

Para pensar la lógica bajo la cual un objeto se separa del cuerpo, Lacan introduce la función del corte a partir de la experiencia del nacimiento de los mamíferos. Antes de que el bebé nazca, forma una unidad con la placenta: el corte opera sobre esa unidad separando la placenta del bebé; objeto que se pierde internamente a la espera del advenimiento del sujeto. Se trata, aquí, de un corte que separa la unidad bebé-objeto parcial y no la ilusoria unidad bebé-madre. Lo que Lacan subraya, y reviste el mayor interés, es que el bebé no se separa de la madre sino de objetos parciales adosados al cuerpo de la misma. Goce pulsional, angustia y deseo se articulan a partir de este objeto.

La caída del objeto deja un agujero que solo puede abordarse vía los bordes de los orificios corporales, vía la fuente de la pulsión que, con su empuje constante, bordea el agujero sin que la satisfacción se alcance plenamente. El objeto de la pulsión es lo más indiferente en tanto objeto de la necesidad, pero la pulsión en su circuito le da la vuelta al objeto *a*. La pulsión sale de la fuente, bordea el objeto *a* –que es un hueco– y vuelve a la fuente dando cuenta de que puede satisfacerse sin haber alcanzado un fin reproductivo. Hay que resaltar que, en este circuito, la pulsión le da la vuelta al objeto causa de deseo, agujero que constituye la hiancia del vaivén pulsional; punto donde el deseo se articula al circuito de la pulsión. Ahora bien, lo interesante de este circuito es que la pulsión rodea el objeto *a*, causa de deseo, y, en ese rodeo, alcanza la dimensión del Otro.

El objeto *a* le ex-siste al sujeto, está por fuera de este pero solo se pone en juego a partir de la experiencia del sujeto. Al ser antecedente, queda por fuera del sujeto, como resto irrecuperable de su constitución; pero solo es deducido a partir de la experiencia de la angustia, única traducción subjetiva del objeto *a*. Desde esta articulación, se entiende por qué Lacan ubica el objeto *a*, causa del deseo, detrás del sujeto y no como un objeto hacia el cual tendería la intencionalidad del deseo.

Lacan trabaja la noción de causa a la luz de las categorías aristotélicas de *automaton* y *tique*, la dimensión causal del objeto *a* queda articulada a la contingencia, a un encuentro tíquico, encuentro fallido con lo real, que pone en jaque al aparato simbólico. En ese sentido, el deseo es un efecto que no responde a una determinación significativa sino a una causa que no es más, pero no es menos, que el encuentro con un agujero: el objeto *a* opera por su condición de objeto perdido en los distintos niveles de la experiencia corporal.

## **2. El objeto *a*, causa de deseo, en los procesos de alienación y separación**

En el seminario de los *Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan trabaja las operaciones de alienación y separación como fundamentales en el advenimiento del sujeto al campo del Otro.

La operación de la alienación implica una elección forzada entre ser y sentido, pone en juego el factor letal del significante que afecta el ser del sujeto: opera su pérdida, lo condena a ser lo que un significante representa para otro

significante. Por su parte, la operación de separación es un proceso definido por la superposición, la intersección, de dos faltas, juntura de dos deseos. El sujeto dividido encuentra otra cosa diferente al puro sentido en los intervalos del discurso del Otro, se trata del deseo del Otro. En esa falta que constituye el deseo del Otro, el sujeto se coloca fantasmáticamente como objeto que el Otro puede perder. La falta producida por la pérdida de ser en la alienación es ubicada como pérdida para el Otro; es decir, el sujeto responde con su propia pérdida ante la opacidad del deseo del Otro. El sujeto se fantasmaliza causando el deseo del Otro.

Si se articula la conceptualización del seminario de *La Angustia* sobre la cesión del objeto *a*, con la operación de separación, puede plantearse que es mediante la cesión del objeto *a* que el sujeto se separa del Otro; el sujeto puede jugar con su ausencia bajo esa lógica de la cesión o separación; bajo la lógica de la pérdida: ¿puede perderme? Él se propone fantasmáticamente como el primer objeto causa del deseo del Otro. Posteriormente, vendrán otros objetos como suplentes del sujeto; diversos objetos *a*, objetos de separación, pérdidas de pedazos de cuerpo. De manera que la primera posición del sujeto en el deseo es como objeto causa de deseo.

La operación de la separación introduce la función del objeto *a* como causa del deseo del Otro, funda la estructura del deseo como deseo del Otro y constituye el fantasma. Mediante la escritura del fantasma ( $\$ \diamond a$ ), es posible leer que se trata de un objeto del que el sujeto se separa para constituirse como sujeto; pero, también de un objeto que el sujeto *es* en su fantasma.

En la estructura simbólico-imaginaria del fantasma, el (*a*) aparece como señuelo del deseo, velado por la función de la castración e investido de brillo fálico. La constitución del fantasma en su dimensión simbólico imaginaria le rehúsa al sujeto saber sobre su determinación por el deseo del Otro, saber sobre su condición de objeto *a*, perdido, cedido y sobre aquellos objetos postizos, suplentes del sujeto con los cuales intenta taponar ese agujero.

Se puede decir, entonces, que el neurótico no *juega* con su falta, no hace de su falta una pérdida sino que, con su fantasma, intenta taponar la falta del Otro, el deseo del Otro, que lo angustia. El neurótico fantasea que el Otro pide su sacrificio, lo que implica fantasear con un Otro completo, no castrado y estar siempre en menos respecto de ese Otro; siempre habrá, en el horizonte, un Otro que sí goza. El neurótico se resiste a jugar con su *a*, su pérdida, para causar el deseo del Otro. Desconoce su lugar de objeto causa. No hace de su falta una pérdida sino algo positivo para garantizar la función del Otro; se trata de un objeto *a* postizo mediante el cual se defiende de la angustia y retiene al Otro. Objetos que lo fijan a un goce pulsional, objetos que condensan goce. Objetos con los que intenta fijar un objeto para la pulsión que, paradójicamente, no tiene un objeto predeterminado.

Para que la causa del deseo opere, es necesario que esos objetos de goce en los que el sujeto queda fijado, sean re-cortados. Tenemos entonces al *a* ubicado entre el goce y el deseo.

¿Qué implica que los objetos *a*, en su función de causa del deseo, separables, se pongan en juego? En principio, la angustia.

Lacan ubica la angustia como un tiempo medio entre goce y deseo. Como correlativa de la presencia del *a* es definida teóricamente como el afecto que no engaña, en tanto es señal de lo real y única traducción subjetiva del objeto *a*. En este sentido, se constituye en la única aproximación al objeto *a* por parte del sujeto.

La cesión del objeto no es sin angustia y es condición para que surja el deseo; se constituye en el *motor* del deseo. Ya no solo se trata de un objeto simbólico imaginario que le da cierta identidad al sujeto en el campo especular sino de un objeto real, que está, en el primer tiempo de aparición del deseo. Sin embargo, el sujeto solo se relaciona con ese objeto *a* por intermedio del campo del Otro; no *realmente*, mediante rodeos: objetos en el deseo. De ahí el engaño que Lacan denuncia cuando plantea la diferencia entre los objetos del deseo y el objeto que causa el deseo, que lo funda. Por eso, *a*, soporte del deseo en el fantasma, no es visible para el hombre en la imagen de su deseo. Ese *a* se constituye en una presencia muy cercana que no puede ver pero que es el motor del deseo.

### 3. Transferencia y objeto *a* minúscula

*La transferencia como obstáculo y herramienta*

Freud ubicó la transferencia como la más fuerte resistencia del análisis, al tiempo que la más poderosa herramienta del éxito (*Sobre la dinámica de la transferencia*) y situó el manejo de la transferencia como el principal recurso para dominar la neurosis de transferencia –reino intermedio entre la enfermedad y la vida– entendida como una enfermedad artificial asequible a la intervención del analista (recordar, repetir, reelaborar).

En *Puntualizaciones sobre el amor de Transferencia* (1915), diferencia las dificultades que plantea la interpretación de las ocurrencias del paciente –que están en la vía de la reproducción de lo reprimido– de aquellas con las que se tropieza el analista en el manejo de la transferencia; catalogando a estas últimas como «las únicas realmente serias» (Freud, 2007b, p. 153). Entre estas dificultades, sitúa el amor de transferencia y plantea que el tratamiento debe avanzar a pesar y a través de éste. Entonces, ¿cómo debe actuar el analista frente a esta transferencia? En principio, no responder satisfaciendo esa demanda de amor, «la cura tiene que ser realizada en la abstinencia» (p. 168), «hay que dejar subsistir en el enfermo la necesidad y la añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados» (p. 168). De manera que, satisfacer la demanda de amor lleva al fracaso del análisis, tanto como sofocarla.

Si bien Freud plantea que este amor consiste en reediciones de rasgos antiguos y de repeticiones de condiciones infantiles, subraya que se trata de un amor genuino. Su particularidad radica en que es provocado por la situación analítica, se hace evidente por la resistencia y carece de miramiento por la realidad objetiva. La resistencia se sirve de este amor que surge cuando el paciente se confronta con un recuerdo que no tiene representación y, por tanto, no puede traer vía la palabra.

#### *Amor de transferencia y deseo del analista*

Ya desde el seminario 8, Lacan ubicó cómo la transferencia no es pura repetición sino que produce una nueva significación: la metáfora del amor. En el seminario 10, introduce un amor presente en lo real. Se trata de dos órdenes del amor que no son excluyentes, pero que sí es necesario diferenciar.

En el seminario 8, el amor de transferencia se constituye en una nueva significación: la metáfora del amor, sustitución del amado por el amante, a partir de la cual se ama con la falta. En el seminario de *La Angustia*, Lacan habla de un amor presente en lo real. Puede decirse que en el primer seminario el amor de transferencia se juega a nivel de lo simbólico-imaginario, el velo agalmático, el brillo fálico que encubre el objeto –que es vacío– hacia el que el deseo tiende. En el seminario de *La Angustia*, se introduce un más allá del amor agalmático; su cara real: un encuentro tíquico con el analista, con la presencia.

Es importante situar también que en el seminario de *La Transferencia*, el deseo del analista está ubicado como una función de vacío e introduce la estructura del deseo como deseo del Otro. Lacan plantea que, más allá de los sentimientos positivos o negativos que el analista pueda tener por su paciente, la regla de la abstinencia se sostiene; no por los ideales analíticos sino porque el analista está poseído por un deseo más fuerte, en la medida en que algo en la economía de su deseo ha mutado.

#### *Goce, angustia, amor y deseo en la transferencia*

En el Seminario de *La Angustia*, Lacan pone en relación goce, angustia y amor. Se trata de un tema que Lacan introduce a partir de ciertos aforismos. La angustia tiene una posición media, no mediadora, hace de médium entre el goce y el deseo; y el amor «permite al goce condescender al deseo» (p. 194). ¿Qué diferencia una posición media o una función de médium de la función de hacer condescender? Que la angustia ubicada entre el goce y el deseo se constituye en un tiempo necesario entre uno y otro –el momento de la angustia es correlativo a la aparición del *a* como resto y a lo enigmático del deseo del Otro–. Por su parte, el amor –que sí tiene una función mediadora entre el goce y el deseo– acota la angustia para que el goce condescienda, se acomode al deseo. Se trata aquí de la función deseante del amor. Algo del goce se acomoda al deseo, por vía del amor. Puede pensarse entonces el amor como bisagra, como

articulador entre goce y deseo. ¿De qué amor se trata? Claramente un amor que no descuenta la angustia; la acota y hace lazo con el Otro.

Lacan plantea que el objeto *a* minúscula no es el acceso al goce sino al Otro y que desear al Otro es justamente desear *a*: más allá del amor agalmático que vela el objeto del deseo, introduce un amor real que hace condescender el goce al deseo. Ese amor funciona como bisagra entre goce y deseo, puede decirse que acota la angustia –que es un pasaje necesario– y hace acomodar el goce al deseo. En ese sentido, si bien el amor o la función deseante del amor –trabajada en el seminario de *La Transferencia*– agalmatiza el objeto, hay una función lógica previa: un amor que se articula con el objeto *a* minúscula, que hace que el goce, que se basta a sí mismo, condescienda, se acomode al deseo del Otro. Resuenan las palabras de Lacan: «mi deseo, lo aíza», al Otro. Podría decirse la función deseante de mi amor, real: lo aíza.

Se trata de un movimiento que enlaza el goce pulsional, angustia de por medio, con la causa del deseo. Y ese lazo es posibilitado por ese amor que podríamos llamar, angustiado. Este asunto se juega en el lazo transferencial a nivel de la maniobra.

#### *Transferencia y objeto a causa*

En el seminario de *La Angustia*, Lacan introduce el objeto *a*, causa del deseo, en su relación con la transferencia vía el *acting out* y el pasaje al acto. Ubica la escena y el mundo, la primera como el lugar donde el sujeto tiene que constituirse, historizarse; y el mundo, aquello donde lo real se precipita. En el *acting out*, el objeto, en tanto causa del deseo, se muestra al Otro, de una manera velada. En el pasaje al acto, el sujeto se precipita fuera de la escena donde ha mantenido su estatuto de sujeto, identificándose con el objeto resto.

Lacan hace una diferencia entre el *acting out*, pasaje al acto y síntoma para precisar sus relaciones con la transferencia. El *acting out* implica un lazo al Otro, el síntoma no incluye al Otro, es puro goce, se basta a sí mismo; y el pasaje rompe lazo con el Otro, el sujeto destituye al Otro destituyéndose a sí mismo.

Si bien todos tienen un interés clínico, me centraré en el *acting out* para introducir el asunto de la maniobra. El *acting* es una mostración velada del objeto a causa del deseo, se constituye en un llamado al Otro para que lo interprete. Surge cuando el analista no ha escuchado algo del analizante y este se ve llevado a actuar el mensaje que no puede transmitir en palabras. Por ello, Lacan lo nombra como transferencia salvaje o transferencia sin análisis. En tanto se trata de una operación sobre el objeto, la intervención se juega en el campo de la maniobra. Se trata de un decir que apunte a introducir, en la transferencia, la dimensión del objeto que el sujeto fue para el Otro, o del objeto al que está fijado pulsionalmente. El analista ha de corregir su posición para que ese objeto sea tomado en la transferencia y pueda producir su texto, que sí es interpretable. Como plantea Muñoz:

El *acting out* debe pasar a otro registro para ser interpretado, pues se dirige a otro que no está en posición de intérprete. El objeto extraño del *acting out* se ofrece a ser recortado. Entonces el analista debe estar en su posición de no insistir en la demanda, no sugerir, no recriminarle al sujeto que no se da cuenta de que se repite. (p. 196)

La maniobra del analista apunta a que la causa del deseo, que en el *acting* se vela y se muestra en otro lado, se actúe en la transferencia, lo que es equivalente a «ubicar al analista en relación con la causa del deseo». (p. 198)

### *Maniobra y deseo del analista*

En el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan plantea la transferencia ligada a la instalación del sujeto supuesto saber S.s.S. El analizante supone que sus síntomas quieren decir algo que él desconoce y le supone al analista un saber sobre su padecimiento.

Esta suposición de saber tiene como uno de sus efectos el amor, el paciente quiere ser amado por aquel que detenta ese saber. Se trata de un amor narcisista que se constituye como un engaño, como resistencia a aquello que hay que de-velar. Si bien se trata de un engaño, el amor de transferencia no es pura repetición, se repite en el aquí y el ahora, en esa medida, está sujeto al deseo del analista.

Lacan plantea que, detrás de este amor de transferencia se establece el vínculo del deseo del analista en su encuentro con el deseo del paciente, lo que pone en primer plano la estructura del deseo como deseo del Otro e introduce la función del objeto a minúscula, causa de deseo. De modo que lo que el engaño del amor de transferencia vela es la relación del deseo con el objeto a minúscula.

Este amor lleva el análisis hacia un punto donde se produce un encuentro paradójico que Lacan nombra como «el descubrimiento del analista y el surgimiento de un amor real»; es decir, la presencia del analista como soporte del objeto a y el efecto de la misma sobre el analizante: «Te amo, pero porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, el objeto *a* minúscula, te mutilo». (Lacan, 2013b, p. 276) Cara real de la transferencia.

No solo se trata de que el analista sea tomado en una escena o en una serie de escenas reiterativas que dan cuenta de aquél engaño que sostiene su deseo, sino que surge como presencia que de-vela el objeto *a*, queda ubicado en el lugar del objeto *a* minúscula. Presencia que tiene como uno de sus rasgos lo contingente de un encuentro.

Es así que podemos plantear que el analista no solo sirve de soporte a la función de sujeto supuesto saber sino de soporte al objeto *a* minúscula; y esto constituye, a mi modo de entender, la maniobra: que el analista se ubique en relación con la causa de deseo, que se deje tomar por el objeto *a* que el sujeto fue

para el Otro, que sirva de soporte al objeto *a*. Posición del analista que el analizante encuentra, no sin angustia, y que da lugar a que ese objeto sea re-cortado para operar como causa.

Es decir que maniobra y deseo del analista se articulan en lo que Lacan llama la operación de la transferencia: una vez el analista surge como presencia que devela el objeto a minúscula, objeto que condensa goce para el sujeto, objeto que fue para el deseo del Otro, opera el deseo del analista, que Lacan define a esta altura como el deseo de mantener la distancia entre el Ideal y objeto a minúscula.

Resulta muy interesante que, para articular maniobra y deseo del analista, Lacan se remita a la hipnosis y que defina la operación de la transferencia como una hipnosis a la inversa. Una vez instaurada la transferencia simbólica, sujeto supuesto saber, surge el amor de transferencia, ese amor es equiparable a la hipnosis en el sentido en que el sujeto enamorado idealiza al objeto, lo inviste con libido narcisista. El objeto sustituye un ideal del yo propio no alcanzado, el objeto es puesto en el lugar del Ideal del yo. El sujeto inviste al analista con libido narcisista y lo ubica en el lugar del Ideal, quiere ser amado como él se ve desde el Ideal. Este amor narcisista aparta la demanda de amor de la pulsión, vela el objeto *a*.

El analista puede operar una hipnosis a la inversa y llevar el análisis hacia un encuentro tíquico con el objeto *a* velado por el amor narcisista. Encuentro que descubre el objeto que el sujeto pone y busca en el Otro para que lo complete. Este movimiento implica la articulación de la maniobra y el deseo del analista y vuelve a llevar la demanda de amor a la pulsión, cara real del amor.

El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado (...) (Lacan, 1964, p.281)

Se puede atravesar el plano de la identificación, porque el deseo del analista no apunta a la identificación sino en sentido opuesto: mantener la distancia entre el objeto *a* y el Ideal. De manera que, frente a la entrega enamorada irrestricta que propone el sujeto enamorado/hipnotizado, Lacan propone

(...) mantener la distancia entre el punto donde el sujeto se ve a sí mismo amable y ese otro punto donde el sujeto se ve causado como falta por el objeto *a* y donde el objeto *a* viene a tapan la hiancia que constituye la división inaugural del sujeto (p. 278).

Una cosa es que el sujeto se vea a sí mismo como objeto que el Otro puede amar, otra que se vea causado, dividido por el objeto *a* minúscula, cuyos sustitutos intentan tapan la hiancia del sujeto, dando lugar al fantasma.



Una vez franqueado el amor narcisista, producida la metáfora del amor donde el analizante ama con su falta y en mantenimiento del amor simbólico, amor al saber, se produce un amor que permite condescender el goce al deseo, amor real que introduce el objeto *a* minúscula, del que el analista es soporte que se ofrece para recortar el objeto *a* y en-causar el deseo.

#### **4. El manejo de la transferencia y el objeto *a*: maniobras**

En *Posición del inconsciente*, Lacan establece que las operaciones de alienación y separación no solo son operaciones de la causación del sujeto sino que vuelven a encontrarse en la técnica; es decir, que estas operaciones se ponen en juego en el dispositivo analítico, en la escena analítica. Por un lado, la producción del sujeto de lo inconsciente, el surgimiento de los significantes fundamentales que han determinado al sujeto, en los cuales está alienado; y, por el otro, la operación sobre el objeto, la separación, donde la dimensión de la maniobra cobra relevancia.

Ahora me remitiré a tres intervenciones de tres analistas para situar algunas de estas coordenadas teóricas. Una es la interrupción del análisis de la conocida «joven homosexual», por parte de Freud; otra es el decir sorpresivo en presencia de la angustia, que dirige la analista inglesa Margaret Little a una paciente; y la última es el cambio de posición en un caso de la analista norteamericana Lucy Tower.

##### **4.1 Una maniobra que interrumpe el análisis**

El caso de la joven homosexual es retomado por Lacan en el seminario de *La Angustia* como paradigmático del pasaje al acto; no solo por el pasaje al acto de la paciente; también, por el de Freud: su interrupción del tratamiento.

En «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina», Freud trabaja el caso de una joven de dieciocho años enviada por sus padres para comenzar un tratamiento que revierta la inclinación homosexual de su hija. Esta joven estaba enamorada de una mujer mayor que ella. Un día la joven y su dama paseaban, y se encontraron con el padre de la joven quien las miró con furia. La joven le cuenta a la dama que quien las miró era su padre; acto seguido, la dama pide terminar el trato entre ellas y le prohíbe volver a verla. Momento tras el cual, la joven sale corriendo y se precipita por encima del muro de las vías del ferrocarril. La joven justifica su intento de suicidio por la desesperación de haber perdido a la dama para siempre.

Desde el comienzo del caso, Freud se plantea pocas esperanzas para la cura, ya que no existía una demanda de análisis por parte de la joven y ella expresaba no tener intenciones de modificar su gusto por las mujeres y, más bien, buscar los medios para que su familia pensara que sí había cambiado. Respecto de la transferencia, plantea que solo apareció una vez la transferencia positiva, la

chica comenzó a llevar a las sesiones una serie de sueños desfigurados pero de fácil traducción, que anticipaban la cura de la inversión por el tratamiento, confesaban su deseo por el amor de un hombre y tener hijos. Sueños que se contradecían con lo que la joven decía; es decir que pensaba casarse pero solo para satisfacer al padre y vivir sin estorbo sus reales inclinaciones homosexuales.

Puesto sobre aviso por alguna ligera impresión, le declaré un día que no daba fe a estos sueños, que eran mendaces o hipócritas y ella tenía el propósito de engañarme como solía engañar al padre. No andaba errado; los sueños de dicha clase cesaron tras ese esclarecimiento. No obstante, creo que, junto al propósito de despistarme, había también una pizca de galanteo en esos sueños; era también un intento por ganar mi interés y mi buena disposición, quizá para defraudarme más tarde con profundidad tanto mayor. (Freud, 1992, p. 157)

Freud le expresa a la paciente que no les creía a esos sueños, que ella le mentía en los sueños, que eran sueños mendaces que revelarían un propósito de engañarlo; así como lo hacía con su padre. Se evidencia allí una interpretación contratransferencial que se juega a nivel imaginario,  $i(a)$ - $i'(a)$ . Freud le dice a la joven que ella lo quiere engañar tal como engaña a su padre y la remite a una psicoanalista mujer, con la consecuente interrupción del tratamiento. Su interpretación es que ella ha reproducido con él el juego cruel que ha jugado con el padre.

Freud entra en el juego imaginario, punta ciega en su posición, que no le permite ver lo que ocurre con la relación de transferencia.

Lacan plantea que, en ninguna de las menciones sobre la transferencia, Freud se interesa por aquello que hace que los engranajes se tornen rígidos; es decir, por el resto, el objeto mirada. Si bien, la paciente produce sueños, su análisis no permite avanzar a Freud:

Y lo extraño es que Freud tira la toalla, ante este agarrotamiento de todos los engranajes. No se interesa por lo que los hace agarrotarse; o sea, el desecho, el pequeño resto, lo que detiene todo y que, sin embargo, es lo que aquí surge como pregunta. Sin saber qué es lo que le produce ese embarazo, Freud está conmovido, como él mismo lo pone de manifiesto, sin duda, ante esta amenaza a la fidelidad del inconsciente. Y, entonces, pasa al acto. (Lacan, 1964, p.143)

Puede decirse que el objeto mirada está jugado desde el inicio y Freud rechaza ponerse en relación con este, servir de soporte al objeto mirada. Párrafo que permite ubicar la maniobra transferencial que lleva a que se interrumpa el análisis. Freud no se interesa por el objeto  $a$  minúscula, que hace obstáculo, que origina el cierre del inconsciente y pasa al acto.

#### **4.2 Una maniobra: corte y encuentro con el agujero**

En el seminario de *La Angustia*, Lacan retoma un caso de la psicoanalista inglesa Margaret Little, quien, en su texto «R»-*La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente*, trabaja la noción de contratransferencia y evalúa las respuestas que el analista da a las necesidades de su paciente. La letra «R» representa la respuesta total del analista que incluye el Yo, el Superyó y el Ello del mismo, todo lo consciente y lo inconsciente en él, sus sentimientos, su responsabilidad, su humanidad. Dirá que esa respuesta es un equilibrio entre el amor y el odio del analista hacia su paciente.

Little analiza un caso que le fue remitido por cleptomanía, síntoma del que la paciente no habló por mucho tiempo; en cambio, habló más de los problemas con su marido e hijos. Su padre era muy inteligente, vanidoso y megalómano, su madre era posesiva y la castigaba físicamente, le pegaba y la arrastraba del cabello por el piso; ella había sido la prolongación del cuerpo de su madre. Se sentía explotada por su padre, quien la castigaba a latigazos cuando no cumplía lo que su madre le mandaba; sin embargo, lo amaba mucho.

Little subraya que durante los primeros siete años del análisis no fue posible hacer ver a la paciente la transferencia como real, a pesar de las múltiples interpretaciones sobre la transferencia que la analista le hizo.

En un momento del análisis, la paciente llegó muy triste, vestida de negro y llorando por la muerte de una amiga de sus padres con quien ella había tenido una relación muy distinta a la que tuvo con ellos. La analista subraya que la transferencia de su paciente había estado colocada inamoviblemente sobre esa persona. Durante más de un mes, la situación de la paciente empeoró; no dormía, lloraba todo el tiempo, solo hablaba de su amiga muerta. Little plantea que ninguna de sus interpretaciones pudo modificar ese estado, hasta que un día le dice lo doloroso que era su desamparo para todos e incluso para ella: «Le dije que pensaba que nadie que la viera en ese estado podría dejar de sentirse profundamente afectado, que yo sentía pena, con ella y por ella, en la pérdida que ella había soportado» (1997, p. 11) Lo cual tuvo un efecto importante: «El efecto fue instantáneo y masivo. En la hora que siguió ella se calmó y no lloro más» (Ibíd.). La paciente expresó que solo hasta ese momento la analista había sido para ella una verdadera persona, completamente diferente de su madre. Margaret Little analiza este cambio planteando que, si bien ella ya había expresado a la paciente sentimientos con referencia a sí misma, es decir, contratransferenciales, no había planteado sentimientos verdaderamente experimentados, los cuales sí adquirieron sentido para la paciente, quien trajo a colación un recuerdo de haberle dicho a su madre que la amaba, mientras sentía un sentimiento de desolación porque la madre solo expresaba su amor por el padre...

Little pone a cuenta de haber expresado sus verdaderos sentimientos, los efectos decisivos de esa intervención:

Mis sentimientos, visiblemente auténticos, diferían de los sentimientos hipócritas de sus padres. Ellos no le daban a ella y a sus proyectos valor, valor que sus cosas jamás habían tenido excepto para Isle. En otros términos, en el momento en el que expresé mis sentimientos me transformé en Isle. (p. 12)

Si bien la teorización de Little dista de la lacaniana, en tanto que pone en primer plano el análisis de la contratransferencia –la cual ha sido fuertemente criticada por Lacan en relación al desconocimiento del registro simbólico y la prevalencia del imaginario– desde donde el analista responde con su propia persona. Puede escucharse, en ese expresar «verdaderamente» sus sentimientos, desde una perspectiva lacaniana, un encuentro inesperado con el analista, con el agujero que se puede poner a cuenta de lo real, más que de lo «verdadero». Y eso real tendría que ver con el deseo del analista. Lacan señala que la paciente percibió angustia en el decir de la analista frente al llanto inconsolable por la muerte de la amiga; momento del análisis que introduce la función del deseo del analista.

Se trata de la introducción no del yo, superyó o ello del analista sino de una función de vacío. Ahora bien, la angustia percibida por el paciente, como señal del deseo del Otro, introduce la función del corte:

Si la interpretación –en caso de que pueda llamarse así lo que se nos describe en la observación– da en el blanco, no es como sentimiento positivo. Aunque es cierto que el sujeto abre los brazos y suelta que esta interpretación ha dado en el blanco. Es porque introduce por una vía involuntaria lo que está en juego, y debe estarlo siempre en el análisis, sea cual sea el punto en que se encuentre, aunque sea en su término, a saber la función del corte». (Lacan, 2006, p. 159)

En el sentido en que opera una separación del objeto que el sujeto fue para el Otro. Introduce un corte con cierta dimensión de goce que llega a lo esencial de la estructura subjetiva, a la posición que tenía esta mujer en el deseo del Otro: no se sentía deseada por sus padres. Asunto que dificultaba el duelo. Con su maniobra el analista aloja al sujeto.

#### **4.3 *El acting out: mostración velada del objeto a, causa de deseo***

Uno de los efectos importantes de esas intervenciones de Little es el hecho de que la paciente comienza a hablar de su cleptomanía, *acting out* que Little sitúa en relación con las venidas de la madre a su casa. La paciente contó un recuerdo de sus 4 años:

Había salido con su padre y tenía en la mano un pequeño bastón de la talla de un pene. Él lo cogió, lo arrojó en un torrente y se lo enseñó flotando bajo el puente. Le dijo que era su mal carácter. (Little, 1997, p.12)

Little plantea que la paciente asoció el bastón con el pene de su padre y estaba decepcionada de que él no lo cogiese. Interpreta que su paciente no había

podido hacer el duelo por su padre. No pudo ni provocarle cólera a su padre en este suceso.

Lacan señala como un punto fundamental, más allá del sentido contratransferencial que la analista le da al efecto de sus intervenciones,<sup>1</sup> que la paciente no había podido hacer el duelo por un padre que admiraba, no había podido representar de ningún modo, faltarle a su padre. En la escena de los 4 años, cuando el padre le tira el bastón al agua, Little dice: «ella no le causó cólera a su padre», su padre se lo tiró sin ningún comentario. Lacan le da una vuelta más al concepto de duelo, plantea que la definición freudiana del duelo como identificación con el objeto perdido puede ser ampliada en el sentido en que solo se está de duelo por alguien de quien se puede decir Yo era su falta.

Vemos aquí una lectura del duelo que se articula con la operación de la separación trabajada en los capítulos anteriores. Para poder hacer el duelo, tiene que haber algo que pueda representarse como faltándole al Otro; ella no había podido faltarle al padre, causar su deseo –el del padre. Para que el duelo pueda operar, es necesario que el sujeto en un momento anterior pueda plantear: *Yo era su falta*. Reconocerse, de alguna manera, como objeto causa del deseo del Otro.

Respecto de los robos, que Margaret Little ya ha situado como *acting out* en relación con la madre, Lacan plantea que justamente se constituyen en *acting out*, como un llamado para que su deseo sea tomado en cuenta y parafrasea el discurso del *acting* del cleptómano: «Les muestro un objeto que he quitado por la fuerza o mediante astucias, porque en algún lugar hay otro objeto, el mío, el *a*, que merecería ser considerado, que lo dejen por un instante aislarse» (p. 159).

Este intento de aislar el objeto es un pobre correlato de la angustia, un intento de que opere la separación. Intento fallido que tiene como marco el hecho de que esta madre nunca pudo hacer de su hija la causa de su deseo, solo una prolongación de sí misma.

Si bien Little analiza su caso desde una perspectiva contratransferencial, con Lacan, es posible leer la intervención desde la óptica de una maniobra trasferencial. Little sirve de soporte al objeto a que el sujeto fue para el deseo del Otro, toca la posición en la que la paciente se ha sostenido, objeto caído del deseo y aloja al sujeto. Es llamativo que como efecto de esta intervención, la paciente comience a hablar de sus *actings*, hay re-cortes del objeto *a*, de esa posición de no tener un lugar en el deseo de la madre

#### **4.4 Una analista maniobrada: El deseo del analista y el objeto *a***

En la conferencia «La Contratransferencia», dictada en 1955 en la Sociedad Psicoanalítica de Chicago, Lucy Tower define la contratransferencia como los

---

<sup>1</sup> Little: «Ahora sé que yo era entonces el padre (muerto) a quien ella habría podido decir lo mala que era su madre, y que la habría ayudado en su infancia a soportar la enfermedad mental de la misma». (p. 12)

sentimientos transferenciales del analista hacia el paciente, fenómenos inconscientes muchas veces inevitables y otras deseables, equivalentes a los fenómenos de transferencia. Ubica como fundamental el intercambio entre transferencia y contratransferencia y plantea que el analista puede experimentar hacia el paciente, casi todos los sentimientos racionales e irracionales que se tienen hacia otras personas y que, los sentimientos excesivos o inapropiados sobre lo que dice o parece ser el paciente suelen tener una significación contratransferencial cuando se asocian con angustia y deben ser descargados apropiadamente por parte del analista. Los sueños con los pacientes también son relevantes y deben analizarse en su significado contratransferencial.

Retomo una intervención de Tower, en un caso relatado en el texto. Se trata de un hombre con una inhibición de la afirmación masculina con formaciones reactivas homosexuales pasivas. Casado, exitoso en su trabajo, agradable e inteligente. Su mujer era agresiva, controladora y no estaba de acuerdo con el tratamiento. El paciente tenía dificultad para la comunicación.

Tower plantea que, si bien hubo algunos movimientos del paciente, su relación marital no mejoraba. A finales del segundo año de análisis, su esposa desarrolló una enfermedad psicosomática, la cual –según la analista– podría ofrecer una ligazón para la angustia de la esposa disminuyendo su actitud controladora y agresiva. Sin embargo, Tower plantea que esa advertencia consciente tuvo que permanecer desligada de lo que ya se desarrollaba en su inconsciente –el de la analista– como núcleo de una reacción contratransferencial en su totalidad.

Para Tower, la neurosis de transferencia que se desarrollaba en su paciente la empujaba al punto de ser la figura materna aprensiva y que veía las cosas tal cual él las veía; figura contraria a su esposa. Por ello Tower percibía a la esposa del paciente como un problema más grave de lo que realmente era. Tiempo después, la analista tiene un sueño con su paciente: (...) Repentinamente tuve un sueño que me asustó tanto que arrasó con cualquier recuerdo de las circunstancias que llevaron a él. En el sueño, para expresarlo llanamente, estaba de visita en casa de este paciente. No estaba más que su esposa; parecía contenta de que yo estuviera ahí y fue muy hospitalaria y amable. El tono general de la visita era muy similar a una tarde de plática entre esposas amigas, cuyos maridos eran, tal vez, amigos o colegas. El sueño me inquietó de una manera un tanto vaga. (p. 132)

Al analizar el sueño, Lucy reconoce que ya sabía, inconscientemente, que la esposa ya no interfería más en el análisis del paciente:

En otras palabras, me di cuenta de que, inconscientemente, había desarrollado una actitud rígida de temor excesivo frente a su potencial psicótico, haciendo caso omiso de su mejoría. El sueño trajo a la luz que yo había estado renuente a identificarme con ella en la situación marital; que ella, en efecto, quería que entrara a su casa y que le hubiera gustado que yo tuviera una mejor perspectiva respecto de ella. El sueño mostraba que la esposa estaba mucho mejor dispuesta hacia mí de lo que yo había

querido reconocer a lo largo del año anterior y que ya era hora de ver la escena doméstica desde el punto de vista de ella. (p. 132)

Después de reconocer esto, Tower habla con el paciente sobre la agresividad que él tiene hacia su esposa a través de los mecanismos de masoquismo y hostilidad dependiente. Luego le muestra sus intentos de enfrentarlas a ella y a su esposa, y su exageración respecto de la situación negativa de su matrimonio para obtener gratificaciones transferenciales. Posterior a esta confrontación, el paciente pasó por periodos depresivos sin defensas y una rabia que se manifestaba en análisis. Los sueños manifestaron un ataque sádico hacia la analista. La sometió a escrutinio minucioso como si la despedazara, célula por célula:

Cada movimiento mío, cada palabra mía, eran observados tan de cerca que literalmente sentía que, de producirse el más insignificante movimiento en falso de mi parte, todo estaría perdido... El afecto provocado en mí era más o menos como sigue: si yo no lograba estar a la altura de esta prueba, él se devastaría y nunca más podría confiar en otro ser humano. (p. 132)

Tower analiza su reacción desde dos lugares. De una parte, plantea que transitoriamente se desarrolló en ella un monto de masoquismo para absorber el sadismo fálico –al que se le sumó un sadismo oral– que el paciente descargaba y que lo atemorizó toda su vida. Por otro lado, sucedió que, por medio de la identificación, ella se vinculó a él y lo apoyó en un auténtico proceso de duelo por un amor perdido. Así, la respuesta contratransferencial tuvo un efecto benéfico. Concluye que el Yo masculino de su paciente presentaba unos controles incorporados que ella, inconscientemente, pudo percibir:

Lo anterior me permitió responder frente a este hombre –sin demasiada angustia y en una pequeña, pero quizás, crucial medida–, como una mujer ante un hombre, al mismo tiempo que mi relación dominante con él era la de doctor y paciente. (p. 137)

A partir de darse cuenta de que ella había descuidado el deseo de su paciente, Lucy Tower hizo una rectificación del mismo al decirle que él se ocupaba mucho más de su esposa que lo que la analista creía, punto donde centra el deseo de su paciente, quien, de cierta manera, identifica que puede influir en el deseo de su analista; incluso, someterla. Rectificación que pone el deseo del paciente en su sitio. Acto seguido, el paciente comienza a someter a la analista a presiones intensas, trata de ponerla a prueba pedazo a pedazo.

Lacan señala que, en la medida en que la analista buscó el deseo del hombre, no encontró la búsqueda del deseo de ella, sino la búsqueda sádica del objeto que apunta al pequeño fragmento faltante, *a*, el verdadero objeto. De manera que lo que está en juego en el deseo del hombre no es el Otro, sino ese resto, ese pedazo, el *a*. Es posible ver en este punto cómo, desde la teoría de la

contratransferencia, donde la analista interviene desde su persona, la cura no solo se juega en lo imaginario, desconociendo lo simbólico; sino que deja de lado la transferencia real. Y, sin embargo, es posible ver, en este caso, desde una lectura lacaniana, que la rectificación de la posición de la analista dio lugar a algo de la transferencia real, aquella que tiene que ver con el objeto *a*, que posiciona al analista en relación con el objeto *a*, aquello que el hombre va a buscar en la mujer para gozar.

El segundo asunto que subraya Lacan es que, contrario a lo que Lucy Tower plantea, no es masoquista el situarse en la vía por la que pasa esa búsqueda sádica del objeto. No se trata de eso, sino de que la analista se puso verdaderamente en la relación de la transferencia con el paciente, a partir de rectificar su posición:

Le había sido preciso tomar la medida de su relación con el deseo y percatarse de que este, por complejo que podamos suponerlo –ya que ella indica claramente que también tiene sus problemas–, nunca es, al fin y al cabo, algo con lo que uno pueda mantener las distancias. (Lacan, 2006. p. 213)

La analista rectifica su propia posición respecto del paciente; y no el deseo del paciente, como lo plantea.

Antes del sueño, la analista se ubicaba en una posición maternal; con la rectificación de su posición, se introduce una maniobra transferencial,<sup>2</sup> se ubicó –sin saber muy claramente lo que hizo– como pareja femenina para el paciente. Es en este punto donde este último la somete a presiones intensas tratando de ponerla a prueba pedazo a pedazo. Punto fundamental que, desde una lectura lacaniana, introduce una maniobra trasferencial: dejarse tomar por el objeto –a– que es la mujer para él.

De manera que, una vez situado el deseo del hombre respecto de la mujer, este busca en ella el  $(-\phi)$ , lo que a ella le falta. Pero en ella no hay nada que encontrar, pues no le falta nada. Asunto de lo que él tendrá que hacer su duelo. Es de su falta de lo que el hombre tiene que hacer su duelo, ya Tower había señalado que, después de esa rectificación del deseo, acompaña al hombre a hacer el duelo por un objeto amado, el duelo de su propia falta, diríamos con Lacan.

Como lo plantea Silvia Tendlarz, en el artículo «El milagro del amor y su goce», Lacan toma el mito de la creación de Eva, en el Seminario 10, en el que se relata cómo la mujer nace de una de las costillas de Adán.

Le han quitado esa costilla, no se sabe cuál, y por otra parte no le falta ninguna. Pero está claro que en el mito de las costillas se trata

---

<sup>2</sup> ¿Sirve de soporte al objeto *a* separador? Puede decirse que se posiciona en relación con la causa del deseo para este hombre.



precisamente de ese objeto perdido. La mujer, para el hombre, es un objeto hecho con eso. (Lacan, 1962-1963, p.206)

Se desplaza así del tratamiento fálico de la mujer a su posición de objeto: al tomarlas como objeto, los hombres quedan más ligados a la pulsión y hacen del Otro un objeto *a* revelando, así, una verdad de estructura: el objeto *a* es la verdadera naturaleza del *partenaire*. (Tendlarz, 2014)

Punto donde puede articularse que esta posición femenina tomada por la analista está asociada a cierta posición de objeto que ella confunde con una posición masoquista y que, más bien, tiene que ver con *ser tomada*<sup>3</sup> como objeto por el hombre; sin serlo, por supuesto; pues, este no encuentra el objeto faltante, *a*.

## 5. Para terminar

Maniobra y deseo del analista se articulan para introducir la cuestión del objeto *a* minúscula en la escena analítica, para dar lugar a la posibilidad de que el objeto *a* en su función de condensar goce, pueda operar como causa de deseo.

En la medida en que el analista se posiciona en relación al objeto *a* -objeto que el sujeto fue para el deseo del Otro y objeto de goce al que el sujeto está fijado -sirviendo de soporte al mismo-, se produce la cara real del amor de transferencia, que incluye la angustia y que enlaza el circuito de la pulsión al objeto *a* causa de deseo. Allí el deseo del analista mantiene la distancia entre ese objeto *a* que causa y divide al sujeto y aquel punto donde el sujeto se ve a sí mismo como amable, el Ideal. Esta distancia abre la vía para que el objeto pueda ser re-cortado y en-cause al deseo.

*Algunos interrogantes que se abren después de este recorrido:*

¿Qué implica que el deseo se en-cause?, ¿que el sujeto pueda jugar con su falta para hacer de esta una pérdida? ¿Que sería hacer de una falta estructural una perdida ordinaria? Con una falta puede el sujeto quedar incapacitado, victimizado, reivindicando al Otro: siempre faltándole cinco para el peso, con una pérdida y su imposibilidad de recuperarla, puede crear.

¿Qué implicaciones tiene que, en el proceso de separación, el sujeto no haya sido objeto causa de deseo? (objeto de goce del Otro, objeto de desecho).

¿Cuál es la relación entre la maniobra transferencial y el acto analítico? Si en el seminario del acto, Lacan plantea que "Fuera de lo he llamado manipulación de la transferencia no hay acto analítico" (Lacan, 1967)

Si el estatuto real de la causa introduce un límite al sentido, a lo ininterpretable, a lo indecible, ¿cómo se articulan la causa y el decir?

---

<sup>3</sup> Servir de soporte al objeto *a*, separador.



## Bibliografía

- Freud, S. Sobre la dinámica de la transferencia [1912]. En: Obras Completas. Tomo XII. Amorrortu. Buenos Aires: 2007a.
- Freud, S. Puntualizaciones sobre un amor de transferencia [1914]. En: Obras Completas. Tomo XII. Amorrortu. Buenos Aires: 2007b.
- Freud, S. Recordar, repetir, reelaborar [1914]. En: Obras Completas. Tomo XII. Amorrortu. Buenos Aires: 2007b.
- Freud, S. Más allá del Principio de Placer [1920]. En: Obras Completas. Tomo XVIII. Amorrortu. Buenos Aires: 1992a.
- Freud, S. Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina [1920]. En: Obras Completas. Tomo XVIII. Amorrortu. Buenos Aires: 1992a.
- Lacan, J. Seminario 8. La transferencia [1960-1961]. Paidós. Buenos Aires: 2013a.
- Lacan, J. Seminario 10. La angustia [1962-1963]. Paidós. Buenos Aires: 2006.
- Little, M. «“R” - La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente». En: Psycho-Anal N.º 38, pp. 240-254. (Título original: 'R' – The Analyst's Total Response to his Patient's Needs. En: J. Psycho-Anal., 38., pp. 240-254. [1957]) Traducción castellana: Gasparino, A. y Castelo, J., Colectivo GRITA. Madrid: 1997. (Disponible en: <https://bit.ly/3d5pRn9>)
- Tendlarz, S. El milagro de amor y su goce. En: Las mujeres y al amor (Artículos). 2014. (Disponible en: <https://bit.ly/3dnzhsW>)
- Tower, L. La Contratransferencia (Conferencia dictada en la Chicago Psychoanalytic Society [1995]). En: Me cayó el veinte Revista de Psicoanálisis N.º 3. Abajarse, o no. EPEELE. Ciudad de México: 2001.